LA RIQUEZA DE LAS IDEAS
Una historia del pensamiento económico

Alessandro Roncaglia

Traducción de Jordi Pascual Escutia

Prensas Universitarias de Zaragoza

FICHA CATALOGRÁFICA

RONCAGLIA, Alessandro
La riqueza de las ideas : una historia del pensamiento económico / Alessandro Roncaglia ; traducción de Jordi Pascual Escutia. — Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006
778 p. ; 22 cm. — (Ciencias Sociales ; 57)
Trad. de: The Wealth of Ideas. A History of Economic Thought. — Cambridge: Cambridge University Press, 2005
ISBN 84-7733-847-7
1. Economía–Historia. I. Pascual Escutia, Jordi, tr. II. Prensas Universitarias de Zaragoza. III. Título. IV. Serie: Ciencias Sociales (Prensas Universitarias de Zaragoza) ; 57
330.8

© Alessandro Roncaglia
© De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza
1.ª edición, 2006

Ilustración de la cubierta: José Luis Cano

Colección Ciencias Sociales, n.º 57
Director de la colección: José Manuel Latorre Ciria
Traducción: Jordi Pascual Escutia
Revisión técnica: Alfonso Sánchez Hormigo

Publicado originalmente en italiano como *La ricchezza delle idee,* por Manuali Laterza 2001 y © Gius Laterza & Figli 2001.
Primera publicación en inglés por Cambridge University Press 2005, como *The Wealth of Ideas*. Traducción inglesa © Alessandro Roncaglia 2005.

Prensas Universitarias de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es http://puz.unizar.es

Con el patrocinio de la Fundació Ernest Lluch

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España
Imprime: Cometa, S.A.
D.L.: Z-2454-2006

1. LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y SU PAPEL

> Comprender a los otros: éste es el objetivo del historiador. No es fácil encontrar una tarea más difícil, y es difícil hallar una que sea más interesante.
>
> (Kula, 1958, p. 234)

1.1. Introducción

La tesis que se sustenta en este capítulo es que la historia del pensamiento económico es esencial para cualquiera que se interese por comprender cómo funcionan las economías. Por lo tanto, los economistas, precisamente como productores y usuarios de teorías económicas, tienen que estudiar y practicar la historia del pensamiento económico. Mientras ilustramos esta tesis, examinaremos algunas cuestiones de método que, aparte de su interés intrínseco, pueden ayudar en la comprensión de nuestra línea de razonamiento en este libro.

Nuestra tesis se opone al enfoque que ahora predomina. La mayor parte de los economistas, especialmente en los países anglosajones, está convencida de que la mirada retrospectiva puede tal vez ser de alguna utilidad para la formación de economistas jóvenes, pero que no es necesaria para el progreso de la investigación, el cual requiere trabajar en la frontera teórica.

En el siguiente apartado consideraremos los fundamentos de este enfoque, conocido también como la «visión acumulativa» del desarrollo del pensamiento económico. Veremos cómo, incluso en este contexto aparentemente hostil, se ha reivindicado un papel decisivo para la historia del pensamiento económico.

La visión acumulativa ha sido contestada por otras ideas sobre el camino seguido por la investigación científica. En el apartado 1.3 echamos una ojeada a las tesis sobre la existencia de discontinuidades («revoluciones científicas» de Kuhn) o la competencia entre diferentes «programas de investigación científica» (Lakatos). Como veremos, indican la existencia de diferentes visiones del mundo, y, por lo tanto, de diferentes maneras de concebir y definir los problemas que han de someterse a la investigación teórica.

En el apartado 1.4 recordaremos la distinción, propuesta por Schumpeter, entre dos etapas diferentes en el proceso de trabajo del teórico económico: la primera, la etapa de construcción de un sistema de conceptos para representar la economía, y, la segunda, la de construcción de modelos. Después, en el apartado 1.5 seguiremos viendo cómo esta distinción apunta a un importante, aunque generalmente olvidado, papel de la historia del pensamiento económico en el propio campo de la teoría económica, como una manera de investigar los fundamentos conceptuales de las diferentes teorías.

Todo esto constituye los antecedentes para tratar, en el apartado 1.6, la clase de historia del pensamiento económico que es más relevante para la formación de las teorías económicas. Como es lógico, esto no niega que exista un interés intrínseco en la investigación sobre la historia de las ideas: nada más lejos de ello. Tampoco consideraremos cuestiones tales como la autonomía de la historia del pensamiento económico, o si en la división del trabajo intelectual, los historiadores del pensamiento económico deben considerarse más próximos a los economistas o a los historiadores económicos. La opinión que deseamos expresar es la de que los economistas que rehúsan implicarse en el estudio de la historia del pensamiento económico y tener alguna experiencia de investigación en este campo se hallan en seria desventaja en su propio trabajo teórico.

1.2. La visión acumulativa

De acuerdo con la visión acumulativa, la historia del pensamiento económico muestra un aumento progresivo hacia niveles cada vez más altos de comprensión de la realidad económica. El punto de llegada provisional de los economistas actuales —la teoría económica contemporánea— incorpora todas las contribuciones anteriores.

La visión acumulativa está conectada con el positivismo.[1] De modo más específico, la versión más ampliamente difundida de la visión acumulativa se acerca a una versión simplificada del positivismo lógico, la llamada «visión recibida», que adquirió un considerable predicamento desde la década de 1920. En resumidas cuentas, la idea consistía en que los científicos trabajan aplicando los métodos del análisis lógico a la materia prima proporcionada por la experiencia empírica. Para evaluar sus resultados, pueden establecerse criterios objetivos para su aceptación o rechazo. Dicho con mayor precisión, las *afirmaciones analíticas,* a saber, las que se refieren al razonamiento teórico abstracto, son tautológicas, es decir, están implicadas lógicamente en los supuestos, o contradictorias, o sea, que contienen contradicciones lógicas; en el primer caso, la afirmación analítica se acepta, en el segundo se rechaza. De modo semejante, las *afirmaciones sintéticas,* es decir, aquellas que se refieren al mundo empírico, o son confirmadas o son contradichas por la evidencia, y, por lo tanto, aceptadas o rechazadas por razones «objetivas». Todas las demás afirmaciones para las que no pueda hallarse ningún criterio análogo de aceptación o rechazo se denominan *metafísicas* y se consideran externas al campo de la ciencia.

Esta visión ha sido objeto de severas críticas, que se exponen en el siguiente apartado.[2] No obstante, sigue siendo la base para la visión acumulativa de la ciencia económica o, en otras palabras, la idea de que cada generación sucesiva de economistas contribuye con nuevas proposiciones analíti-

---

1 Un ejemplo ilustre y característicamente radical de esta posición lo representa Pantaleoni (1898). Según él, la historia del pensamiento debe ser «historia de las verdades económicas» (ibíd., p. 217): «su único objetivo [...] es contar los orígenes de las verdaderas doctrinas» (ibíd., p. 234). De hecho, Pantaleoni sostuvo que se dispone de un criterio claro para juzgar la verdad o falsedad de las teorías económicas: «Se ha investigado mucho para obtener hipótesis que sean claras y conformes con la realidad [...] Después se han utilizado los hechos y las hipótesis deduciendo de ellos lo que se ha podido. También se han contrastado los teoremas con la realidad empírica» (ibíd., p. 217). Expresado en estos términos, el criterio de Pantaleoni refleja una versión más bien primitiva y simplista del positivismo; la resolución con la que se afirma viene probablemente, al menos en parte, de la dureza de la controversia entre la escuela marginalista austríaca y la escuela histórica alemana (cf. más adelante § 11.2).

2 Para un examen de este debate, véanse Caldwell (1982) y, más recientemente, Hands (2001); para el vínculo entre la «visión recibida» en epistemología y la visión acumulativa en la historia del pensamiento económico, véase Cesarano (1983), p. 66.

cas o sintéticas al tesoro común de la ciencia económica, la cual —como ciencia— se define unívocamente como el conjunto de proposiciones «verdaderas» referentes a cuestiones económicas. De este modo, un nuevo conocimiento se agrega a los ya disponibles, y en muchos casos —siempre que se identifica algún defecto en afirmaciones previamente aceptadas— lo sustituye. Por lo tanto, el estudio de una ciencia debe dirigirse «hacia la frontera teórica», tomando en consideración la versión más actualizada, y no las teorías del pasado. A pesar de esta posición, se admite que las últimas pueden merecer alguna atención: como dice Schumpeter (1954, p. 4; p. 38, trad. cast.), el estudio de los economistas del pasado es pedagógicamente útil, puede provocar nuevas ideas y proporciona un material útil sobre los métodos de investigación científica en un campo tan complejo e interesante como la economía, que se sitúa en la frontera entre las ciencias naturales y las sociales.

Otros varios historiadores del pensamiento económico han propuesto argumentos semejantes, a menudo de una forma simplista y con un trasfondo retórico. Sin embargo, como indica Gordon (1965, pp. 121-122), el hecho de que la historia del pensamiento económico pueda ayudar en el aprendizaje de la teoría económica no es una razón suficiente para estudiarla. Dado el limitado tiempo de que disponen los seres humanos, tendría que demostrarse también que un ciclo de conferencias dedicado a la historia del pensamiento económico contribuye más a la formación de un economista que una cantidad igual de tiempo dedicada directamente a la teoría económica. Evidentemente, si aceptamos una visión acumulativa de la investigación económica, esto sería más bien difícil de sostener. En consecuencia, según Gordon (1965, p. 126), la «teoría económica [...] no tiene ninguna necesidad de incluir su historia como parte de la formación profesional» (lo que no significa que la historia del pensamiento económico deba abandonarse: «Estudiamos historia porque está ahí»).

El interés por la historia del pensamiento económico, cuando está justificado por la utilidad pedagógica, se reduce siempre que el desarrollo de la economía contemple discontinuidad en la caja de herramientas analíticas. Es así como algunos autores explican el escaso interés por la historia del pensamiento económico desde la década de 1940.[3] Sin embargo,

3 Cesarano (1983), p. 69, que también se refiere a Bronfenbrenner (1966) y Tarascio (1971).

podemos recordar que, ya en los años treinta, economistas como Hicks y Robertson sostenían que no existe ninguna razón para perder el tiempo leyendo a los economistas clásicos;[4] su actitud se explica no tanto por los cambios en la caja de herramientas analíticas como por los cambios en la propia concepción de la economía, del enfoque clásico (excedente) a la visión marginalista (escasez).

Entre los partidarios de la visión acumulativa, Viner propone una inteligente defensa de la historia del pensamiento económico, que es modesta sólo en apariencia. Viner apunta a la «erudición», definida como «la búsqueda de un conocimiento amplio y exacto de la historia del funcionamiento de la mente humana tal como se revela en los documentos escritos». La erudición, aunque se considera inferior a la actividad teórica, contribuye a la educación de los investigadores, siendo «una dedicación a la persecución del conocimiento y la comprensión»: «una vez que se ha excitado el gusto por ella, viene dado un sentido de apertura incluso para las pequeñas investigaciones, y un sentido de plenitud incluso en los pequeños resultados [...] un sentido que no puede alcanzarse de ninguna otra manera».[5]

Viner parece sugerir que educar en la investigación es un requisito esencial para la explotación del conocimiento de las herramientas analíticas.[6] Así, aunque la historia del pensamiento económico se considere de poca utilidad en el aprendizaje de la teoría económica moderna, se le atribuye un papel decisivo en la educación del investigador. Sin embargo, la importancia de esta perspectiva más amplia se aclara mucho más fuera de una visión estrictamente acumulativa de la investigación económica, como veremos más adelante.

En primer lugar, sin embargo, vale la pena recalcar que la visión acumulativa de la historia del pensamiento económico considerada en este apartado es la moderna, que alcanzó una posición dominante en el siglo XX, en

---

4 Carta de Robertson a Keynes, 3 de febrero de 1935, en Keynes (1973), vol. 13, p. 504; y carta de Hicks, 9 de abril de 1937, en Keynes (1973), vol. 14, p. 81.

5 Viner (1991), pp. 385 y 390.

6 Schumpeter (1954, p. 4; cursiva en el original) dice algo parecido cuando afirma que la historia del pensamiento económico «evitará un sentido de *falta de dirección y significado* entre los estudiantes».

paralelo con el enfoque marginalista. Una clase algo diferente de visión acumulativa puede encontrarse en las breves digresiones sobre la historia del pensamiento económico que desarrollaron determinados economistas importantes, como Smith y Keynes, utilizándolas para subrayar sus propias teorías y contrastarlas con las que predominaban en épocas anteriores. Así, Smith, en el libro IV de *La riqueza de las naciones,* critica el «sistema comercial o mercantil» y el «sistema agrícola» (es decir, los fisiócratas). La crítica de los mercantilistas —una categoría abstracta, diseñada a fin de colocar bajo una única etiqueta una amplia serie de autores que a menudo son muy diferentes unos de otros (cf. más adelante § 2.6)— va de la mano con el liberalismo de Smith, ilustrado en otras partes de su obra; la crítica de los fisiócratas sirve para recalcar, por contraste, su propia distinción entre trabajadores productivos e improductivos y su distribución tripartita de la sociedad en las clases de trabajadores, capitalistas y terratenientes. De modo semejante, Marx contrasta su «socialismo científico» con la economía «burguesa» (la de Smith y Ricardo) y la economía «vulgar» (la de Say y las «armonías económicas» de Bastiat); Keynes crea una categoría —los «clásicos»— en la que incluye a todos los autores anteriores que, como su colega de Cambridge, Pigou, excluyen la posibilidad de un paro persistente que no es reabsorbido por las fuerzas automáticas de los mercados competitivos. Evidentemente, no nos enfrentamos con ejemplos de visiones acumulativas que acentúen la acumulación gradual del conocimiento económico, sino más bien con reconstrucciones históricas por medio de las cuales determinados protagonistas de la ciencia económica recalcan el salto hacia delante efectuado por su disciplina gracias a su propia contribución teórica. Como es lógico, recordar este hecho no equivale a negar la validez de tales reconstrucciones históricas, puesto que en el caso de protagonistas como Smith o Keynes estas reconstrucciones identifican los pasos clave en la senda de la ciencia económica.

1.3. La visión competitiva

En las últimas décadas una serie de economistas se han referido a las «revoluciones científicas» de Kuhn (1962) o a los «programas de investigación científica» de Lakatos (1970, 1978) para apoyar la idea de que es imposible elegir entre enfoques teóricos que compiten con los criterios «objetivos» indicados por el positivismo lógico (coherencia lógica, correspondencia de los supuestos con la realidad empírica).

Estos criterios ya habían sido objeto de debate. Algunas críticas se referían específicamente a la distinción clara entre afirmaciones analíticas y sintéticas. Efectivamente, si se las interpreta como proposiciones puramente lógicas, están desprovistas de cualquier referencia al mundo real; en consecuencia, están vacías desde el punto de vista de la interpretación de los fenómenos del mundo real.[7] Las afirmaciones sintéticas, a su vez, incorporan necesariamente una gran masa de elementos teóricos en la propia definición de las categorías utilizadas para recoger los datos empíricos y en los métodos por medio de los cuales se tratan estos datos; en consecuencia, las elecciones de aceptación o rechazo de cualquier afirmación sintética no pueden ser claras, sino que están condicionadas por una larga serie de hipótesis teóricas que, sin embargo, no pueden estar sujetas a una evaluación independiente.[8] Es precisamente la imposibilidad de separar cuidadosamente las evaluaciones conforme a criterios objetivos unívocos para las afirmaciones analíticas y sintéticas lo que constituye una dificultad decisiva para la visión positivista que se trató en el apartado anterior.

Otra crítica importante del criterio para la aceptación o el rechazo propuestos para las afirmaciones sintéticas —su correspondencia o no correspondencia con el mundo real— es la desarrollada por Popper (1934). No importa cuántas veces se vea corroborada una afirmación sintética mediante su contrastación con el mundo real, dice Popper; no podemos excluir la posibilidad de que eventualmente surja un caso contrario. Así, por ejemplo, la afirmación de que «todos los cisnes son blancos» puede verse contradicha por el descubrimiento de una especie única de cisnes negros en Australia. El científico no puede pretender verificar una teoría, esto es, demostrar que es verdadera de una vez para siempre. El científico sólo puede aceptar una teoría provisionalmente, teniendo

---

7 En otras palabras, las observaciones están necesariamente «cargadas de teoría»; cf. Hands (2001), pp. 103 y ss. Es sobre esta base, por ejemplo, que Dobb (1973, cap. 1) desarrolla su crítica de la distinción excesivamente clara, propuesta por Schumpeter, entre historia del análisis económico e historia del pensamiento económico, a la que volveremos más adelante (§ 1.5).

8 Esta crítica se conoce como «tesis de subdeterminación de Duhem-Quine» (cf. Quine, 1951); según ésta, «ninguna teoría se contrasta nunca de modo aislado», de manera que «cualquier teoría científica puede inmunizarse contra la refutación por la evidencia empírica» (Hands, 2001, p. 96).

presente la posibilidad de que pueda ser falsada, o, en otras palabras, que se demuestre que es falsa por un hecho empírico recién descubierto que la contradice. Efectivamente, en un libro posterior (1969), Popper sostiene que el mejor método para la investigación científica consiste precisamente en la formulación de una serie potencialmente infinita de «conjeturas y refutaciones». En otras palabras, el científico formula hipótesis y después, más que buscar su confirmación empírica —la que, en cualquier caso, podría no ser definitiva—, debe buscar más bien las refutaciones. Éstas, estimulando y guiando la investigación para formular mejores hipótesis, realizan una contribución decisiva para el avance de la ciencia.[9]

Una serie de figuras importantes de la epistemología positivista sostienen que no es aplicable al campo de las ciencias sociales. La influencia de algunos historiadores y filósofos de la ciencia, tales como Kuhn, Lakatos y Feyerabend, contribuyó posteriormente, en las últimas décadas del siglo XX, al abandono de la metodología positivista en el campo de la teoría económica. Recordemos brevemente sus teorías y la visión competitiva de la ciencia que se deriva de ellas.

En pocas palabras, según Kuhn, el desarrollo de la ciencia no es lineal, sino que puede subdividirse en etapas, cada una de ellas con sus propias características distintivas. En cada período de «ciencia normal» se acepta comúnmente un punto de vista (paradigma) específico como base para la investigación científica. Sobre tal base se construye un sistema teórico cada vez más complejo, capaz de explicar un número creciente de fenómenos. Sin embargo, este proceso de crecimiento de la ciencia normal se ve acompañado por la acumulación de anomalías, es decir, de fenómenos que quedan sin explicar o que para su explicación requieren un número excesivamente creciente de supuestos ad hoc. Ello provoca un malestar que favorece una «revolución científica», es decir, la propuesta de un nuevo paradigma. Esto señala el comienzo de una nueva etapa de ciencia normal, dentro de la cual continúa la investigación sin cuestionar el paradigma subyacente.

---

9 Para el debate sobre la utilización de las ideas de Popper en el campo de la teoría económica, cf. De Marchi (1988).

Subrayemos aquí que Kuhn no considera la sucesión de diferentes paradigmas como una secuencia lógica caracterizada por una cantidad creciente de conocimiento. Estos distintos paradigmas se consideran no conmensurables entre sí; cada uno de ellos constituye una clave diferente para la interpretación de la realidad, basada necesariamente en un conjunto específico de supuestos simplificadores, muchos de los cuales también se mantienen implícitos. Ningún paradigma puede abarcar la totalidad del universo en todos sus detalles. En sentido estricto, es tan incorrecto decir que la Tierra gira alrededor del Sol como que el Sol gira alrededor de la Tierra: cada una de las dos hipótesis corresponde a la elección de un punto que se fija como referencia para el estudio del universo, o mejor, de una parte del universo que se encuentra en continuo movimiento con relación a cualquier otro posible punto fijo. En otras palabras, dado que tanto la Tierra como el Sol se mueven en el espacio, los enfoques de Copérnico y Tolomeo no son sino dos aproximaciones teóricas alternativas que explican en términos más o menos simples un número mayor o menor de fenómenos.[10] También podemos recordar a este respecto que una visión heliocéntrica ya había sido propuesta por Aristarco de Samos en el siglo III a. C., casi cinco antes de Tolomeo: por lo tanto, los paradigmas no se suceden necesariamente uno detrás de otro en una secuencia lineal, sino que pueden reaparecer como dominantes después de largos períodos de eclipse.

Kuhn presenta su idea de revoluciones científicas como una descripción del camino que en realidad siguen las diferentes ciencias, más que

10 Entre los predecesores de Kuhn en este aspecto podemos recordar a Adam Smith con su *History of astronomy* (Smith, 1795). Un vínculo de conexión entre Smith y Kuhn podría localizarse en Schumpeter, que coloca aparte la *History of astronomy* como «la perla» entre los escritos de Smith (Schumpeter, 1954, p. 182; p. 224 trad. cast.) y más adelante considera el mismo caso histórico que más tarde iba a ser estudiado por Kuhn: «El sistema astronómico llamado tolemaico no era simplemente "falso". Daba satisfactoriamente razón de una gran masa de observaciones. Y cuando se acumularon observaciones que a primera vista no concordaban con el sistema, los astrónomos arbitraron hipótesis adicionales que introdujeron los hechos recalcitrantes, o parte de ellos, en el seno del sistema» (Schumpeter, 1954, p. 318 n.; p. 369 n., trad. cast.). Kuhn, como la mayoría de los protagonistas del debate epistemológico, desarrolló originalmente sus ideas como una interpretación de la historia de las ciencias naturales, específicamente la astronomía y la física, y no como una receta metodológica para las ciencias sociales. Sin embargo, por lo menos alguna de sus ideas puede utilizarse fácilmente en el campo de la teoría económica. Para un intento en este sentido, cf. los ensayos reunidos en Latsis (1976).

como un modelo normativo de comportamiento para los científicos. En contraposición, Lakatos (1978) adopta una actitud normativa.

La «metodología de programas de investigación científica» de Lakatos consiste en un conjunto de reglas de funcionamiento para la crítica y construcción de teorías (heurística negativa y positiva), organizadas en torno a un «núcleo duro» de hipótesis referentes a un conjunto específico de temas y utilizadas como fundamentos para la construcción de un sistema teórico. El núcleo duro no cambia cuando surgen anomalías, gracias a un «cinturón protector» de hipótesis auxiliares, y sólo se abandona cuando el programa de investigación científica que se basa en él es reconocido claramente como «regresivo», o, en otras palabras, cuando se reconoce claramente que es bastante probable que si se sigue con él se despilfarren tiempo y esfuerzos. Por lo tanto, Lakatos considera que la aceptación o rechazo de un programa de investigación científica es un proceso complejo, y no una decisión basada en un experimento concluyente o, en cualquier caso, en criterios bien definidos, unívocos y objetivos.

Así interpretada, la opinión de Lakatos no es muy distinta —aunque sí menos radical— de la propuesta por Feyerabend (1975) con su «teoría anarquista del conocimiento». Feyerabend destaca la necesidad de una mente abierta al máximo frente a los enfoques de investigación más dispares; al mismo tiempo dista de aceptar sin reservas su propio lema: «Cualquier cosa puede funcionar». La crítica de la idea de que exista un criterio absoluto de verdad (o mejor, de aceptación y rechazo de teorías) puede coexistir con la idea de la posibilidad de un debate racional entre puntos de vista distintos, incluso aunque se hallen en conflicto. Como es lógico, cuando se debaten los diferentes puntos de vista los defensores de cada uno de ellos deben estar dispuestos a renunciar a la pretensión de utilizar como absoluto el criterio basado en su propia visión del mundo. Por el contrario, la adopción provisional del punto de vista rival para criticarlo desde dentro puede constituir un elemento de fuerza en el debate. Nos enfrentamos, por lo tanto, con un procedimiento para el debate científico que es análogo al que se sigue habitualmente en los procesos legales, en los que el fiscal y el defensor utilizan los argumentos más dispares en apoyo de sus respectivas posiciones.

Las opiniones de Feyerabend fueron introducidas en el debate económico por McCloskey (1985, 1994), aunque con algunos cambios. McCloskey habla de un «método retórico de debate científico» que recha-

za un criterio puro y unidimensional para la evaluación de teorías, y subraya, por contraste, el papel de su poder relativo de persuasión.[11] Esto no quiere decir que se niegue valor al debate teórico: lejos de ello, el principal mensaje que transmite esta metodología es la necesidad de tolerancia ante diferentes visiones del mundo y, por lo tanto, de distintos enfoques teóricos. También podemos recordar que, interpretado de este modo, el método retórico en economía puede remontarse hasta Adam Smith.[12]

En el caso de Kuhn, y en el de Lakatos de un modo parecido, los economistas se han visto atraídos por el papel que se atribuye a la existencia de enfoques alternativos, deducidos de la sucesión de distintos paradigmas o de la coexistencia de diferentes programas de investigación científica.[13] Evidentemente, las ideas de Feyerabend discurren en la misma dirección.

Es aquí donde entra en juego la historia del pensamiento económico. Quienes aceptan una visión competitiva del desarrollo del pensamiento económico y participan en un debate entre enfoques que compiten entre sí se sienten impulsados a investigar la historia de tal debate, en busca de los puntos fuertes y débiles que explican el predominio o el declive de los diferentes enfoques.

En particular, los que respaldan enfoques que compiten con el dominante pueden encontrar muy útil la historia del pensamiento económico.[14] En primer lugar, el análisis de los escritos de los economistas del pasado ayuda a menudo a aclarar las características básicas del enfoque que se propone y las diferencias entre éste y el enfoque dominante.[15]

---

11 En el campo de las ciencias naturales, los experimentos bien dirigidos constituyen, por regla general, una prueba decisiva de la superioridad de una teoría respecto de otras. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales, los experimentos realizados en condiciones controladas (esto es, *ceteris paribus*) son prácticamente imposibles. De ahí la mayor complejidad en este último campo para comparar diferentes teorías.

12 Aquí nos referimos no sólo a las *Lectures on rhetoric and belles lettres* (Smith, 1983), sino también a las *Glasgow lectures* (las llamadas *Lectures on jurisprudence* [Lecciones de jurisprudencia]: Smith, 1978). Sobre este asunto, cf. Giuliani (1997).

13 Véanse, por ejemplo, los ensayos reunidos en De Marchi y Blaug (1991). Para una nota de cautela, véase Steedman (1991), que observa que los programas de Lakatos se refieren a temas específicos, más que a amplias visiones del mundo.

14 Cf. Dobb (1973), Meek (1977) y Bharadwaj (1989) como ejemplos de este interés después del renacimiento sraffiano del enfoque clásico.

15 Un ejemplo ilustrativo es la edición, llevada a cabo por Sraffa, de las *Works and correspondence* de Ricardo (Ricardo, 1951-1955).

En segundo lugar, la historia del pensamiento económico contribuye a la evaluación de las teorías basadas en diferentes enfoques, sacando a la luz las cosmovisiones, el contenido de los conceptos y las hipótesis sobre las que se basan. Es frecuente que esto ayude a recuperar las advertencias de cautela y las calificaciones originales que acompañaban al análisis y que fueron olvidadas después en la injustificada generalización del campo de aplicación de la teoría.[16]

En tercer lugar, recordar ilustres raíces culturales responde a veces a una intención táctica, a fin de contrarrestar la inercia que constituye una ventaja tan grande para la corriente principal que predomina. Como es lógico, la apelación a la autoridad no constituye un buen argumento científico; esto es cierto también para la apelación a una regla de la mayoría, una declaración de holgazanería intelectual que tan a menudo se repite en la defensa, por ejemplo, del uso persistente de modelos de una mercancía en las teorías de la ocupación y el crecimiento, o de curvas en forma de U en la teoría de la empresa.

Puede ser útil destacar aquí que la visión competitiva no implica ni una equivalencia entre enfoques que compiten entre sí ni la ausencia de progreso científico.[17] Implica sencillamente el reconocimiento de la existencia de diferentes enfoques, basados en fundamentos intelectuales distintos. Cada investigador sigue generalmente la línea de investigación que considera más prometedora.[18] Tal elección, sin embargo, es extremadamente compleja a causa de la inconmensurabilidad de los diferentes sistemas conceptuales. En particular, debe rechazarse la pretensión que tiene el enfoque dominante de imponer los criterios de evaluación que se deducen de sus propias visiones.

---

16 Un ejemplo es el supuesto de vaciamiento del mercado. Implica mercados que funcionen de una manera muy específica, como los mercados «call bid» de las antiguas bolsas continentales, o como los mercados de «subasta continua» de las bolsas anglosajonas. Kregel (1992) considera a los primeros en relación con la teoría del equilibrio general walrasiano, y a los últimos con referencia a la teoría marshalliana. Cf. más adelante, capítulos 12 y 13.

17 Esta opinión —el rechazo de cualquier idea de progreso científico— se atribuye a veces a la «teoría anarquista del conocimiento» de Feyerabend, y, en el campo económico, a la «retórica» de McCloskey (1985). Sin embargo, esta opinión no se sigue necesariamente de sus puntos principales, el rechazo de criterios claros y unívocos de valoración de las diferentes teorías y programas de investigación, y la propuesta de una «conversación» abierta —y moralmente seria— entre investigadores con diferentes orientaciones.

18 Es decir, si excluimos los ejemplos de elecciones oportunistas orientadas a la carrera académica personal, que a veces explican la adhesión a la corriente principal.

Lo que rechaza expresamente la visión competitiva es la idea de un proceso unidimensional de avance científico. Puede haber progreso en el seno de cada enfoque (lo que ciertamente es la regla general, en términos de mayor consistencia interna y mayor poder explicativo) y a lo largo de la sucesión histórica de paradigmas o programas de investigación. En el último caso, sin embargo, la idea de progreso es más imprecisa y requiere de mayor cautela. Un elemento innegable de progreso lo proporciona el creciente número de herramientas analíticas cada vez más sofisticadas, que hacen posibles los desarrollos que se producen en otros campos de investigación (nuevos instrumentos matemáticos, mejor y más abundante material estadístico, mayor potencia informática gracias a los nuevos ordenadores). Pero entre los sucesivos paradigmas o programas de investigación existen diferencias a menudo decisivas en la cosmovisión subyacente. A algunos aspectos de la realidad (incluidas las relaciones de causa-efecto) se les da una mayor importancia, y a otros menos, de manera que existen diferencias en el conjunto de supuestos (explícitos o implícitos)[19] sobre los que están construidas las teorías, y, por lo tanto, en el ámbito de aplicabilidad de las teorías. Las variables o conceptos analíticos (tales como mercado, competencia, precio natural, beneficio, renta), aunque se indiquen con el mismo nombre, adquieren significados que son incluso considerablemente distintos cuando se los utiliza dentro de teorías diferentes. Es aquí —en el análisis de los fundamentos conceptuales de las distintas teorías, y de los cambios en el significado de los conceptos cuando se los inserta en diferentes marcos teóricos— donde llegamos a reconocer cuán esencial es el análisis de los conceptos en relación con el trabajo de investigación teórica. Como ilustraremos en el apartado siguiente, esto implica a su vez que se atribuya un papel decisivo a la historia del pensamiento económico en la propia actividad de los economistas teóricos.

---

19 Los supuestos se mantienen necesariamente, por lo menos en parte, implícitos: es imposible confeccionar una lista completa de los elementos de la realidad de los que se hace abstracción en el proceso de construcción de una teoría (es decir, elementos que no se tienen en cuenta en la teoría porque se considera que no son importantes para el tema sometido a examen). En este sentido, los modelos axiomáticos dependen de un número limitado de supuestos explícitos, pero —un hecho que se olvida con demasiada frecuencia— implican decisivamente un gran número, potencialmente ilimitado, de supuestos simplificadores implícitos, cuando se intenta relacionarlos con la realidad económica que tratan de interpretar.

1.4. Las etapas de la teorización económica: conceptualización y construcción de modelos

Entre aquellos que destacan la importancia de analizar los fundamentos conceptuales como parte del trabajo de investigación, encontramos uno de los representantes más ilustres, y ciertamente más cautelosos, del enfoque acumulativo en economía. Schumpeter (1954, pp. 41-42; pp. 77-80, trad. cast.) subdivide la investigación económica en tres etapas. Primero, tenemos el «acto cognoscitivo preanalítico», o «visión», que consiste en localizar el problema que debe tratarse y sugerir algunas hipótesis de trabajo con las que comenzar el análisis, con el objetivo de establecer, si no una solución provisional, sí por lo menos la manera de abordar el problema. En segundo lugar, tenemos la etapa dedicada «a verbalizar la visión o conceptualizarla de tal modo que sus elementos se sitúen en sus lugares respectivos, con sus correspondientes nombres para facilitar su identificación y su manejo, y en un esquema o en una imagen más o menos perfecta»: lo que podemos llamar la etapa de conceptualización, a la que Schumpeter atribuye gran importancia. El sistema abstracto de conceptos así obtenido aísla los elementos de realidad que se consideran relevantes para el tema sometido a examen. Finalmente, la tercera etapa se refiere a la construcción de «modelos científicos». Recordemos también que la secuencia lógica de las diferentes etapas no se corresponde necesariamente con su secuencia real en la actividad de investigación del economista.

Como vimos en el apartado anterior, el debate entre los enfoques que compiten entre sí se refiere sobre todo a la elección del sistema conceptual que debe utilizarse en la representación de la realidad económica. La historia del pensamiento económico desempeña un papel decisivo a este respecto. Como es imposible proporcionar una definición exhaustiva del contenido de un concepto,[20] la mejor manera de analizarlo consiste en estudiar su evolución a través del tiempo, examinando los diferentes matices del significado que adquiere en los diferentes autores y en algunos casos en los diferentes escritos del mismo autor. Ésta es, de hecho, la experiencia común de todos los estudios en el campo de las humanidades, de la filosofía a la política.

---

20 Georgescu-Roegen (1985), p. 300, habla en este contexto de una «penumbra» que rodea a los «conceptos *dialécticos* cuya característica distintiva es la de superponerse con sus opuestos». Las críticas de Sraffa al positivismo analítico de Wittgenstein en el *Tractatus logico-philosophicus* son relevantes aquí; sobre esto, cf. más adelante § 16.5.

Además, utilizando la historia del pensamiento económico para el análisis de un concepto (y de un sistema conceptual) podemos investigar dos aspectos que son decisivos para cualquier línea de investigación en economía: primero, si es posible —y, si lo es, en qué medida es necesario— adaptar el contenido de los conceptos a los cambios continuos en la realidad que debe explicarse; segundo, cómo opera el mecanismo de interacción entre la etapa de conceptualización y la etapa de construcción de modelos.

El primer punto —la interacción entre historia económica y teoría económica— es una cuestión conocida. El segundo punto se considera raramente, pero es decisivo. De hecho, las dificultades que surgen en la etapa de construcción de modelos y las soluciones analíticas a aquellas dificultades implican a menudo modificaciones en los fundamentos conceptuales de las teorías;[21] en otros ejemplos, tales modificaciones reflejan la evolución del mundo real que debe analizarse.[22]

Por lo tanto, los sistemas de conceptos subyacentes en cualquier teoría cambian continuamente, lo que hace imposible concebir la evaluación de las teorías económicas en una escala unidimensional. En consecuencia, no puede haber ninguna medida unívoca del poder explicativo de las diferentes teorías. Los avances teóricos pueden constituir progreso científico en ciertos aspectos, mas no en otros. Y lo que es más importante, los pasos adelante que se dan continuamente en la dirección de una mayor consistencia lógica y de un uso creciente de técnicas analíticas más avanzadas no implican necesariamente un mayor poder explicativo: aquéllos pueden exigir restricciones adicionales al significado de las variables en consideración, excluyendo aspectos cruciales de la realidad del campo de aplicabili-

---

21 Un ejemplo lo proporcionan los cambios en el poder heurístico de las teorías del equilibrio general cuando pasamos de la formulación original de Walras a la construcción axiomática de Arrow y Debreu (cf. más adelante cap. 12). Este ejemplo demuestra, entre otras cosas, que la necesidad de analizar los fundamentos conceptuales de las teorías y sus cambios a lo largo del tiempo no se limita a una visión evolucionista de la economía, que se concentra en cambios institucionales y dependencia del camino que se haya seguido, aunque obviamente la interacción entre teoría e historia es más intensa en este último enfoque.

22 Un ejemplo (ilustrado en Roncaglia, 1988), lo proporciona la evolución en la clasificación de la actividad económica en sectores, desde Petty hasta Smith, vía Cantillon y Quesnay.

dad de la teoría.[23] Cuando nos enfrentamos a este problema, la historia del pensamiento económico, concentrando la atención en los cambios de significado de los conceptos utilizados en la teoría, puede ayudar a evaluar la polifacética senda que ha seguido la investigación económica.

1.5. La economía política y la historia del pensamiento económico

La economía política (o economía) es una investigación de la sociedad con dos características principales. Primera, es una investigación científica que sigue reglas metodológicas específicas (aunque no necesariamente inalterables o unívocas). Segunda, considera la sociedad en un aspecto particular pero fundamental: el mecanismo de supervivencia y desarrollo de una sociedad basada en la división del trabajo. En tal sociedad cada trabajador se emplea en una actividad específica, colaborando en la producción de una mercancía específica, y tiene que obtener de otros agentes económicos, a cambio (de una parte) del producto, las mercancías que se requieren como medios de producción y subsistencia. Estos mecanismos se componen de instituciones, costumbres, normas, conocimiento y preferencias, los cuales constituyen restricciones y reglas de comportamiento. Los economistas investigan los resultados, individuales y colectivos, de conjuntos específicos de restricciones y reglas de comportamiento.

Como investigación de la sociedad, la economía política es una ciencia social, con una dimensión histórica decisiva. Como ciencia, implica adhesión a los criterios metodológicos que predominan en el entorno de trabajo de los economistas (los cuales, entre otras cosas, determinan a su vez los criterios de selección profesional); los economistas pueden, pues, verse inducidos a adoptar reglas metodológicas derivadas de las ciencias naturales, como es indudablemente el caso en la etapa actual. De ahí que tengamos una tensión irresoluble, dado el empobrecimiento que resultaría para la economía política, por una parte, del abandono de las reglas científicas de consistencia lógica, y, por otra parte, del descuido de sus características como ciencia social.

---

23 Por ejemplo, como veremos en el capítulo 10, la teoría marginalista del equilibrio del consumidor representa ciertamente un paso adelante en cuanto se refiere a la consistencia lógica y al uso de sofisticadas técnicas de análisis, pero esto viene acompañado por la reducción del agente económico a una máquina sensible.

La historia del pensamiento económico[24] desempeña un papel central al favorecer una resolución positiva de la tensión arriba mencionada. Por una parte, destaca el papel esencial de la dimensión histórica en las investigaciones económicas. Por otra parte, atribuye un papel central al criterio de precisión lógica, a la par que al criterio de relevancia empírica, seleccionando y evaluando las teorías en las que cabe concentrar la atención, y localizando un hilo conductor de desarrollo.

De este modo, surge una respuesta bastante clara a la pregunta de la que hemos partido. La historia del pensamiento económico es útil no sólo ni simplemente a nivel didáctico, o para proporcionar un «sentido de dirección» a la investigación económica, o material para los epistemólogos. Es un ingrediente esencial tanto del debate teórico entre enfoques alternativos —dado que contribuye a aclarar las diferencias y modificaciones en sus representaciones del mundo— como del trabajo teórico dentro de cada enfoque, puesto que contribuye al desarrollo de los fundamentos conceptuales y a la clarificación de los cambios que intervienen en ellos, en respuesta a las dificultades teóricas y a las realidades en evolución.

Por lo tanto, la historia del pensamiento constituye también una educación en democracia, en el sentido indicado por Kula (1958), en sus convincentes consideraciones sobre el papel de la historia que se citan al comienzo de este capítulo. A diferencia del absolutismo científico extendido en la corriente principal de la enseñanza de la economía, la historia del pensamiento ofrece una educación en el intercambio de ideas, que también favorece —gracias al esfuerzo que implica en la comprensión de las ideas de los otros— la percepción de la complejidad de las cosmovisiones que subyacen en las diferentes teorías y determinan sus potencialidades y límites, y la percepción de los vínculos con otros campos del conocimiento y de la acción humanos.

---

24 O historia del análisis económico: la distinción entre ambas parece algo arbitraria, cuando consideramos la etapa de conceptualización como una parte esencial del trabajo teórico. El propio Schumpeter, después de trazar una clara distinción entre la historia del pensamiento y la historia del análisis, muestra en su libro (Schumpeter, 1954) sólo un vago respeto por esa frontera. Su declaración de principios en este sentido debe tal vez interpretarse más como una justificación de las muchas elecciones simplificadoras que son inevitables incluso en el caso de un estudioso tan erudito como él.

1.6. ¿Qué historia del pensamiento económico?

Obviamente, el papel atribuido más arriba a la historia del pensamiento económico tiene implicaciones para la manera de estudiar y enseñar la disciplina. Aquí nos limitaremos a unas pocas y breves observaciones.

En primer lugar, la historia del pensamiento económico tal como se la considera más arriba pertenece más al amplio campo de la ciencia económica que a la historia de la cultura o de las ideas.

En segundo lugar, existe una diferencia básica entre los historiadores del pensamiento económico que adoptan una visión acumulativa y los que adoptan la visión competitiva. Los primeros ven el desarrollo de la ciencia económica como una mejora progresiva en la consistencia interna y en el campo de aplicabilidad de la teoría; así, tienden a concentrar la atención en el modo en que aborda cada autor los problemas que los autores anteriores habían dejado abiertos. Esto favorece a menudo las reconstrucciones de la historia del pensamiento económico en las que las referencias al contexto histórico parecen ampliamente irrelevantes, y que además generalmente descuidan los vínculos entre el pensamiento económico, filosófico o político-social; vínculos que se consideraban vitales antes de que la división intelectual del trabajo cristalizase en pequeñas reservas de caza académicas.[25]

El riesgo opuesto —el de considerar las vicisitudes del pensamiento económico a través del tiempo como resultado exclusivo de la evolución de la base social y productiva— es raro en extremo. Un riesgo más concreto es el de la «historia basada en anécdotas», cuando se concentra la atención en las simples opiniones de los autores que se someten a consideración, descuidando el razonamiento que condujo a, o que se desarrolló para, respaldar tales opiniones, y esquivando así las dificultades intrínsecas a la reconstrucción histórica de las semejanzas, diferencias y relaciones lógicas entre las diferentes teorías.

Para evitar estos riesgos, tenemos que reconocer la existencia de un vínculo bilateral entre la evolución histórica y las investigaciones teóricas. Por una parte, el mundo material tiene una influencia importante sobre el trabajo de cualquier científico social, aunque no hasta el punto de deter-

25 Winch (1962) suscitó esta clase de crítica contra la corriente principal de la historiografía.

minar unívocamente el camino seguido por las investigaciones teóricas. Por otra, el debate teórico puede a veces ejercer una influencia decisiva en las elecciones de política económica y —más indirectamente— en las creencias y opiniones, y de ahí también en el comportamiento de los agentes económicos, aunque esta influencia se vea considerablemente constreñida y condicionada por el mundo material.

La historia del pensamiento económico tiene un papel importante en sacar a la luz tales vínculos bilaterales. Esto significa que hay lugar tanto para las investigaciones históricas «internas» al proceso de desarrollo de la teoría económica, como para los estudios «orientados hacia fuera», que relacionan las investigaciones de los economistas con los desarrollos en otras ciencias sociales y con la evolución histórica. Inevitablemente, las investigaciones internas y las que se orientan hacia el exterior procederán a menudo por separado; lo que importa es que todo investigador o investigadora, cualquiera que sea el énfasis que elija, no pierda de vista el desarrollo de la investigación histórica en el área más amplia que abarca diferentes especializaciones.[26]

---

26 La distinción entre investigaciones internas y orientadas hacia fuera en la historia del pensamiento económico se asemeja a las nociones de «reconstrucciones racionales» y «reconstrucciones históricas», de Rorty (1984). Aunque distingue estas dos clases de investigaciones en la historia de las ideas, Rorty las considera como complementarias. La pasión de los epistemólogos por categorías metodológicas puras, que son ciertamente útiles para evaluar lo que está haciendo un investigador, no debe conducirnos a una distinción demasiado sutil del trabajo intelectual, especialmente cuando los aspectos considerados en los procedimientos de análisis están tan obviamente interconectados, como sucede en nuestro campo. Incluso la que se considera la mejor reconstrucción racional de la historia del pensamiento económico, Blaug (1962), subraya la necesidad de ser cautos al adoptar esta dicotomía; así, después de afirmar su punto de vista en las primeras líneas de su libro («La crítica implica ciertas normas de juicio, y mis normas son las de la teoría económica moderna», ibíd.; p. 1, trad. cast.) y proporcionar una definición clara de las dos nociones («Las "reconstrucciones históricas" intentan informar acerca de las ideas de los pensadores del pasado en términos que estos pensadores, o sus discípulos, habrían reconocido como una descripción fiel de lo que ellos tenían intención de hacer. Las "reconstrucciones racionales", por otra parte, tratan a los grandes pensadores del pasado como si fueran contemporáneos con los que intercambiamos opiniones; analizamos sus teorías en nuestros términos», ibíd., p. 7), Blaug no sólo añade que «tanto la reconstrucción histórica como la reconstrucción racional son maneras perfectamente legítimas de escribir la historia del pensamiento económico», sino también que «lo que está separado en principio es casi imposible de mantener separado en la práctica» (ibíd., p. 8). Observemos en este contexto que la referencia a «las normas de la teoría económica moderna» implica una definición, unívoca y universalmente admitida, de teoría económica moderna: como veremos en el capítulo 17, el caso dista mucho de ser éste.

Otro problema, particularmente serio para los defensores de la visión competitiva, es el riesgo de concentrar la atención más o menos exclusivamente en aquellos aspectos del análisis económico (esto es, la teoría del valor) que son de mayor ayuda en la identificación de las características básicas de los diferentes enfoques, pero que a menudo ocultan las visiones generales de los autores sobre el proceso de desarrollo económico. El mismo significado del término *valor* cambia de un enfoque teórico a otro, y, a lo largo del tiempo, dentro de cada uno de ellos. En cualquier caso, es un término que designa el núcleo central de las relaciones económicas desde el punto de vista del específico sistema de abstracciones adoptado.

Consideremos, por ejemplo, el significado específico que tiene la noción de *valor* en el enfoque clásico y sraffiano, el cual se ilustrará con mayor detalle más adelante. *Valor* no significa la medida de la importancia que una mercancía tiene para un ser humano (que es el significado que asume el término *valor* en el enfoque marginalista, cuando se lo relaciona con escasez y utilidad); ni se refiere a una «ley moral natural» (como en el debate medieval sobre el precio justo); ni incorpora una característica en grado óptimo (como resultado de una maximización restringida de alguna función objetivo). El valor de las mercancías refleja las relaciones que conectan entre sí a los diferentes sectores y clases sociales dentro de la economía; además, el contenido que se atribuye al término sugiere una referencia implícita a un modo de producción específico, es decir, al capitalismo. De hecho, el análisis desarrollado por los economistas clásicos y Sraffa se refiere a un conjunto específico de hipótesis («ley de precio único»; división en clases sociales de trabajadores, capitalistas y terratenientes; tipo uniforme de beneficio) que reflejan las características básicas de una economía capitalista.

Es verdad que «la relación entre los precios y la distribución, para una tecnología dada, tiene que ver con lo que puede denominarse "esqueleto" de un sistema económico. Históricamente, este problema ha estado en el centro del estudio de la teoría económica, y lógicamente forma el "núcleo" de los desarrollos de otros problemas de análisis, aun cuando algunas de estas teorías se desarrollen sin algunos vínculos formales directos con aquél» (Roncaglia, 1975, pp. 127-128; p. 133, trad. cast.). Sin embargo, también es cierto que la posibilidad —y oportunidad— para construir teorías independientes para el análisis de diferentes cuestiones, y especialmente la

importancia de la etapa de formación de un sistema de conceptos en la ciencia económica, requieren que la historia del pensamiento económico no quede limitada a la ilustración de una secuencia de teorías del valor.

En cierto sentido, la teoría del valor adoptada por un economista apunta directamente a su representación del mundo. Utilizando el debate entre teorías rivales del valor como hilo conductor, y observando los cambios que la teoría del valor (erróneamente considerada por algunas reconstrucciones como un monolito inalterable) experimenta en cada enfoque, podemos también entender las diferencias y los cambios en la representación conceptual de la sociedad. Al mismo tiempo, en el otro lado del *continuum* que constituye el campo de trabajo del economista, podemos ver cómo en torno a una teoría del valor, y en estrecha conexión con ella, se desarrollan teorías específicas para interpretar aspectos específicos —pero no necesariamente menos importantes— de la realidad económica, desde teorías de la ocupación y del dinero hasta teorías de las relaciones internacionales.

Intentemos ilustrar con un ejemplo los diferentes significados de las dos expresiones, «papel central en nuestra reconstrucción histórica» e «importancia decisiva en nuestra cosmovisión». La teoría del valor-trabajo tiene un papel central en la reconstrucción analítica de los *Principios* de Ricardo, pero por encima de todo se interesa políticamente por el tema del crecimiento económico y su relación con la distribución de la renta entre las principales clases sociales. Otro ejemplo es la relación entre la teoría walrasiana del equilibrio competitivo y la ideología liberal. En otras palabras, existe cierto margen de independencia entre un sistema de conceptos (representación del funcionamiento de la economía) y una teoría del valor, y desde luego entre la última y las teorías específicas referentes a los fenómenos que, desde un punto de vista político, constituyen preocupaciones centrales para el economista.

Las referencias a la historia, y en particular a la historia económica, pueden ser útiles en este contexto para explicar los cambios en los principales intereses políticos que dominan en los diferentes períodos y los cambios en el proceso de abstracción dentro de cada escuela, así como para evaluar los diferentes sistemas de abstracción. En este aspecto tal vez sea útil recordar que un sistema de conceptos (que es el resultado de un específico proceso de abstracción, y que se utiliza para representar simplifica-

damente un mundo real cuyas características más esenciales se dan por captadas) no puede verificarse ni por comparación directa con el mundo real ni mediante la comprobación de si las previsiones deducidas del mismo se producen en la realidad.

«Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, con las que soñamos en nuestra filosofía»: la historia del pensamiento económico, con sus propias y variadas estrategias de investigación, es de gran ayuda para que los economistas tengan plena conciencia de la verdad que encierra la observación de Hamlet. Al menos por esta razón, es un campo que todo economista debiera practicar.